



FUNDACIÓN  
CUIDADOS  
DE SALUD

# EL MEJOR DE LOS NUESTROS

*Recordando a Carlos Gianantonio*

*DANIEL ALBERTO GRIL*

# **El Mejor de los nuestros**

Recordando a Carlos Gianantonio

Daniel Gril



El Mejor de los nuestros. Recordando a Carlos Gianantonio  
© Daniel Alberto Gril  
Fundación Cuidados de Salud ([www.cuidadosdesalud.org.ar](http://www.cuidadosdesalud.org.ar))  
Segunda edición  
Octubre de 2020, Buenos Aires, Argentina.

*Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,  
salvo autorización por escrito de los propietarios del Copyright.*



*“A ti, que has comprendido, que, a veces, el olvido se equivoca.”*

Joaquín Sabina



# Prólogo de la Primera Edición

**A** medida que se nos revelan las distintas facetas de la personalidad de Carlos Gianantonio, más lo admiramos. En este libro, Daniel Gril nos maravilla con el relato de anécdotas que transmiten frescura, expresan su compromiso y sensibilidad y nos muestran el afecto, el reconocimiento y la admiración de un discípulo hacia el maestro.

Este reencuentro entre el maestro y uno de sus discípulos, y el relato de las experiencias compartidas, nos permite acceder a aspectos esenciales de la personalidad de Gianantonio y son un testimonio de su manera de comprometerse con la vida ajena, compromiso este fundacional de la medicina.

Leer estos relatos que tienen la grandeza y la sencillez de lo profundo, se convierte en una aventura intelectual y espiritual en la que se



renueva la oportunidad de aprendizaje con el maestro.

A través de FUNDASAP y donando sus derechos de autor, Daniel comparte con todos los pediatras argentinos el esfuerzo de poner en marcha el “Centro de Capacitación Dr. Carlos Gianantonio” de la Sociedad Argentina de Pediatría.

Con este Centro realizamos el homenaje que el maestro seguramente hubiese valorado más: contribuir al mejor cuidado de la salud infanto-juvenil.

Dr. Teodoro Puga  
Presidente de  
FUNDASAP

Dr. Osvaldo Blanco  
Presidente de la Sociedad  
Argentina de Pediatría

# A manera de introducción

**D**ebo el título de este libro a la generosidad de Omar Álvarez Bayón. Los relatos que lo habitan pertenecen a todos los que tuvimos la inmensa fortuna de conocerlo.

Seguramente resulta difícil de creer, pero muchas veces siento que puedo conversar con Usted a la distancia. No hablo solo de este último tiempo, sino de una sensación repetida e incrementada a lo largo de estos 25 años, porque ese es el tiempo que ha transcurrido desde que lo conocí, el día de la entrevista para ingresar a la residencia de Pediatría.

Desde entonces Usted ha impregnado mis recuerdos y nutrido este anecdotario con una intensidad que yo mismo desconocía hasta ahora.

Esta es una de las muchas deudas que siento que he contraído con Usted. Es tanto lo recibido que excede mi capacidad de imaginar cómo retribuirle. Pero de todas esas deudas hay una que me pesa más que todas: Es la de no haber podido

acercarme a su lado sin un pretexto médico, para decirle simplemente cuanto lo he admirado, cuanto lo he querido. Quisiera que estas líneas sirvan como tardío testimonio de ese sentimiento que no pude compartir con Usted y fantasear que, en alguna dimensión que desconozco, su mirada indulgente podrá leerlas y encontrar, bajo la vestidura pseudo literaria, el homenaje de amor filial que contienen.

Daniel Gril

*Buenos Aires, 21 de Octubre de 1996*

# 1

## El niño azul

**E**sta es una historia de la época del practicantado. Cuando uno lee los nombres de esos practicantes, encuentra personajes que hoy forman parte de la historia de la Pediatría y que construyeron gran parte de la mitología del Niños. No me acuerdo quién me la contó, pero la he escuchado de distintas bocas como para darla por cierta Usted se debe acordar de esa tarde de lluvia y me imagino que los practicantes que compartieron esa guardia también. En parte porque cuando llovía de esa manera, cruzar el pasillo desde Sánchez de Bustamante hasta el pabellón era cosa de valientes y, sobre todo, porque esa tarde llegó a la guardia el niño azul.

La guardia estaba tranquila, como correspondía a uno de esos días en que al Niños solo llegaban cosas complicadas, porque ningún padre iba a

sacar a su hijo a la calle, con ese temporal, por un catarrito.

Así que cuando la enfermera dijo:

- Ahí afuera hay un chico azul!!-, todo el mundo se precipitó al pasillo.

Ver un chico grande, como de 7 u 8 años, con esa cianosis no era cosa de todos los días. Y mucho menos si, a pesar de la cianosis, el chico entraba caminando como lo había hecho éste. Lo cierto es que la llegada del chico puso en marcha los reflejos de todos los que allí estaban. En menos que canta un gallo el pibe estaba en la camilla y, mientras unos lo auscultaban tratando de adivinar qué problema cardíaco tendría, otros ponían en marcha el electrocardiograma y la radiografía de tórax que habrían de terminar de dilucidar el diagnóstico.

El chico seguía los movimientos de esa maraña de gente, con algo de divertido porque se ocupaban de él, pero también con mucho de asustado al percibir la desorientación con que los "doctores" se miraban y cuchicheaban. Lo cierto es que la auscultación era normal y el electrocardiograma y la placa ratificaban que el corazón del chico estaba fenómeno.

La posibilidad de un problema pulmonar crónico, que también se había barajado de entrada, había sido descartada por la falta de signos clínicos y la radiografía.

Por otra parte, la madre del chico se cansaba de repetir que su hijo era muy sano, que iba al colegio todos los días, jugaba a la pelota como cualquier pibe del barrio y que esto le había pasado de golpe. Alguien sugirió entonces ir a buscarlo a Usted, que seguramente estaba en el pabellón. Ahora se me ocurre que alguna vez habrá que bautizarlo con su nombre, pero esta es otra historia. Le contaron el chico mientras cruzaban el Hospital desde Gallo hasta la guardia. Creo adivinar que Usted asentía, mientras iba uniendo imperceptiblemente los hilos sutiles de su diagnóstico.

Cuentan que entró a la guardia, fue derecho a la camilla donde estaba el chico y se sentó junto a él.

Lo palmeó sonriendo y dijo:

- Que lindo día elegiste para salir a pasear
- Íbamos a ir al cine - dijo el chico.
- Con razón estás tan elegante - comentó Usted, pasándole la mano por el pelo. - Hasta te pusiste los zapatos nuevos.
- Si - dijo el chico. - Los estrené hoy.

- Te quedan muy lindos - dicen que Usted le dijo. -  
Pero sacátelos un poquito así se secan.

Cuentan que Usted mismo le ayudó a sacarse los zapatos y después salió del consultorio. Todos lo rodeaban esperando su palabra. Entonces Usted miró los zapatos del chico y habló un rato largo sobre la tormenta, las anilinas del cuero, como se podían absorber por la piel y, por su efecto tóxico, originar esa enfermedad tan rara llamada Metahemoglobinemia, que se trataba simplemente con un poco de vitamina C, además de evitar ponerse zapatos nuevos en días de lluvia.

Después volvió al pabellón como si nada, dejando en el aire un diagnóstico inaugurado y algunos asombros a flor de piel.



# 2

## El vestidito

**H**ubo una época de la Pediatría en la que, sin temor a exagerar, podríamos decir que era más la gente que investigaba y disertaba sobre la desnutrición, que la que sufría por ella.

Los residentes estudiábamos sesudamente las alteraciones de las faneras de los desnutridos, pero no poníamos el mismo énfasis para hacer educación alimentaria, porque tal vez nos parecía que no era tan científico. No voy a abundar en esto porque lo conversamos muchas veces y no era el punto que quería recordar. Pero este era el tema que aquel miércoles queríamos repasar con Usted. Por eso elegimos esa chiquita que ya tenía varias internaciones por su desnutrición.

La pobrecita se internaba por alguna intercurrentia, mejoraba un tanto y al poco tiempo volvía a reinternarse. Tenía 3 años y ya era familiar para muchos de nosotros, así que



decidimos presentarla en el pase de la tarde. Además, queríamos comentarle nuestra opinión con respecto a la madre, con la que resultaba difícil comunicarse.

Llevamos a la chiquita con su mamá hasta el aula de la sala 15 por si Usted quería verla y comenzamos la presentación. Describimos minuciosamente los antecedentes de la paciente y luego hicimos una referencia detallada de todos los hallazgos del examen físico referidos a su desnutrición de tercer grado.

Por último, comentamos la impresión que teníamos acerca de la madre, porque a nuestro entender, no se ocupaba suficientemente de su hija y esto podía influir en la serie de reinternaciones de la chiquita. Usted asentía y cuando terminamos nos preguntó sencillamente porque teníamos esa idea de la madre. Las opiniones de los que la conocíamos iban desde que se trataba de una mujer apática, poco comunicativa, que preguntaba poco sobre las enfermedades de su hija, que se conectaba poco con los médicos y cosas por el estilo, hasta los que la consideraban un caso social irreparable, típico de la situación de miseria en que vivía la familia. Usted pidió entonces ver a la chiquita, a la que habíamos dejado esperando en la

antesala del aula. Hicimos pasar a la señora con su hijita en brazos.

Usted la saludo y recuerdo que le dió las gracias por permitir que examináramos a la nena. La mujer apenas sonrió, porque tenía la cara habitada por el sufrimiento. De a poquito y como jugando, Usted fue mirando a la chiquita, hasta que le pidió permiso a la madre para sacarle la ropa. Dobló el vestido sobre la camilla y constató los hallazgos del examen físico que tan detalladamente había escuchado en nuestra presentación. Me parece verlo como si la acariciara, venciendo despacito el miedo de esa criatura tan mortificada. Después, sin prisa, le dió nuevamente gracias a la madre, esperó a que la vistiera y la despidió. Cuando la mujer se fué, recorrió nuestras caras expectantes y dijo:

- Creo que han hecho una descripción inmejorable del examen físico de esta chiquita. No me atrevería a agregar nada en ese sentido -miró hacia la ventana y prosiguió.- Pero tal vez valga la pena repensar nuestra opinión de la madre.

Nos miramos sin comprender demasiado. Usted no había cruzado con la mujer más que el apretón de manos y el muchas gracias.

- No tengo muchos elementos para desmerecer la opinión de Ustedes -dijo condescendiente - pero hay un par de detalles....

El residente a cargo se alarmó: - Algo que falte en la historia clínica, doctor?

Usted lo tranquilizó sonriendo:

- No es eso. Solo pensaba que esta chiquita está internada en la sala 4, no?-

- Si -contestamos varios a coro.

- Justamente -dijo Usted- esa sala está sin agua desde antes que esta chiquita se internara y sin embargo, la madre la ha traído recién bañada, así que se ha tomado la molestia de buscar un sitio para lavarla, ya que la iban a revisar los doctores. -prosiguió.

- Si hasta le puso un poquito de maizena...continuó, pensativo. Y cerrando el comentario nos miró interrogante y dijo:

- Se fijaron en el vestido? - Sentí que Usted estaba a punto de sacar la varita mágica.

- Porque tenía tres remiendos, pero puestos del lado de adentro y cosidos con hilo del mismo color para que no se le note.-dijo.- Y una madre que no quiere a su hija, me parece que no se tomaría tanto trabajo, no es cierto?

En estos años he leído muchos trabajos y libros donde se explora el vínculo madre-hijo, las características de su desarrollo en las distintas especies y las condiciones que pueden alterarlo. Pero pocas cosas me han abierto tanto los ojos como aquel viejo vestidito remendado que Usted nos enseñó a mirar.





# 3

## Las mandarinas

**N**o era habitual que Usted viniera a ver un recién nacido, así que cuando se comentó que lo habían consultado para evaluar ese chiquito con un retraso de crecimiento tan severo, muchos de nosotros nos acercamos, aún sin pertenecer al servicio.

Era un caso bastante claro. El chico había nacido pesando poco menos de 1.200 gramos, a pesar de tratarse de un embarazo de término y para todos la explicación pasaba por el hecho de que la madre había fumado más de 40 cigarrillos diarios durante todo el embarazo. Era una mujer muy especial, que irradiaba un aire diferente y las enfermeras decían que, entre otras cosas, tiraba el tarot. Usted llegó cerca del mediodía y luego de los saludos, casi se disculpó por haber venido, ya que Neonatología era algo que no dominaba demasiado.

Después fuimos hasta la incubadora donde estaba el chiquito. Era un manojito de piel arrugada, pero muy vital.

- Parece muy inquieto - comentó Usted.- ¿Tuvo alguna complicación hasta ahora?

- Ninguna- contestó alguien.

- Lo único que le hace falta es engordar.

- Ustedes piensan que la única causa del bajo peso es el cigarrillo? -preguntó mirando al chiquito.

- En este caso es muy claro - le contestaron. - Las razones por las que un chico puede nacer así son muchas, como los problemas de la placenta, del cordón umbilical, de la presión arterial de la madre, pero aquí están los 40 cigarrillos. - concluyeron.

- Claro...- concedió Usted - pero: es importante para el pronóstico del chico que sea el cigarrillo o cualquiera de las otras causas?

Le confieso que en ese momento yo no entendía el rumbo de sus preguntas.

- En realidad, no - concedieron -. Finalmente, lo que el chico necesita es comida y nada más.

- Vamos a mirarlo un poquito? - dijo, acercándose a la incubadora. Después de

examinarlo y mientras volvía a lavarse las manos, ponderó las bondades del servicio y conversó un rato con todos, hasta que alguien avisó que la madre estaba afuera.

Salimos al pasillo y los presentamos. Era una mujer alta, de cara angulosa y vestía de negro, lo que acentuaba cierta palidez. La mujer tomó su mano entre las de ella y lo miró recto.

- Quiero que sepa algo, doctor... -dijo-. He pedido que lo llamaran no sólo porque pienso que Usted es un gran médico, sino porque creo que es un gran brujo.

Hubo un sobresalto en el grupo. Muchos de nosotros confesamos después que, en su lugar, hubiéramos sentido una mezcla de alarma o de rechazo por una afirmación semejante. Usted sostuvo esa mirada y sonrió. La mujer preguntó entonces:

- Cómo encontró a mi chiquito, doctor?-

- Lo encontré haciendo travesuras en la incubadora - contestó sin dejar de mirarla. -Y por lo que me cuentan los doctores parece que es bastante movedizo.



Me pareció que la mujer había empezado a sonreír.

- Y Usted cómo lo vio? -insistió ella.

- Lo vi bien - enfatizó Usted.- Tiene una carita muy graciosa.

La cara de la mujer comenzó a iluminarse. Todos sabemos que un chico que tiene un retraso severo de crecimiento conserva apenas cierta redondez en los pómulos y eso era lo que Usted había elogiado.

- Y por qué pesa tan poco? - volvió la mujer. Usted la miró como midiendo la respuesta y luego habló.

- Las causas pueden ser tantas!!! - dijo sonriendo sin dejar de mirarla. - A veces la placenta, a veces el cordón umbilical, otras un poco de presión o el cigarrillo, nunca se sabe con exactitud -prosiguió, mientras la expresión de la mujer se suavizaba y yo empezaba a entender el porqué de sus preguntas frente a la incubadora.

- Pero lo más importante -continuó Usted - es que ha recorrido este camino con su mamá y a partir de ahora va a engordar hasta que se vaya a casa.

Miré a la mujer, que parecía rejuvenecida. Usted seguía sonriendo cuando ella preguntó.

- Doctor, no quiero molestarlo más. ¿Cuándo se va a ir a casa mi hijo?

Después que Usted se fue del servicio, hicimos una encuesta entre nosotros sobre lo que hubiéramos contestado a esa pregunta. Lo más frecuente fue, entre otras, "cuando tenga 37 semanas de edad gestacional, cuando pese más de 2 kilos, cuando mantenga bien su temperatura, cuando succione y se alimente adecuadamente" y las combinaciones posibles de estas opciones. Usted simplemente volvió a mirarla a los ojos y devolvió la pregunta:

- Cuál es su día fatídico, señora? -

- El viernes, doctor - respondió ella, sabiendo que había acertado al elegirlo a Usted.

- Entonces quédese tranquila -le escuché decirle que cuando le demos el alta va a ser un sábado.

La mujer tomó nuevamente su mano entre las de ella, lo besó emocionada y se fué.

Esto ocurrió hace algunos años y permanece guardado en mi memoria con cierta impronta mágica. La misma magia que Usted derramaba

para enseñarnos que palabras como brujo, bebé travieso o día fatídico pueden abrirnos el camino hacia el otro y permitirnos aliviar algún sufrimiento o brindar algún consuelo.



# 4

## El billar

**L**a historia de la Residencia en Pediatría en nuestro país lo ha tenido a Usted como protagonista insoslayable desde su nacimiento. Para mi fortuna, uno de los momentos en los que pude trabajar cerca suyo tuvo que ver con los cambios que pretendíamos implementar en el programa.

Se había creado hacía algunos años el Comité Latinoamericano para la Promoción de Programas de Residencia en Pediatría (COPREP), dependiente de la American Academy of Pediatrics y habíamos concurrido a la reunión anual que se celebraba en Guaruyá, Brasil.

Llevábamos una postura ciertamente ambiciosa: conseguir que los programas integraran los residentes a la comunidad, a través de pasantías por centros de salud y participación en actividades

educativas. En definitiva, disminuir el tiempo que se dedicaba al niño hospitalizado y poner el acento en la prevención y la atención ambulatoria.

Corría el año 1975 y esta postura tenía todavía mucha resistencia, inclusive dentro de nuestro país. Curiosamente, las resistencias abarcaban todo el espectro ideológico, desde los que consideraban que la propuesta traería aparejada una disminución del nivel científico que sólo podía darse en los hospitales, hasta los que juzgaban que esto convertía a los residentes en mano de obra barata para paliar las deficiencias del sistema sanitario.

Entonces yo tenía apenas 5 años de médico, mucho entusiasmo y poca experiencia en cuestiones de esta naturaleza. Recuerdo que la discusión fue acalorada y a la hora de votar nuestra moción no fue aceptada.

Intenté cenar temprano e irme a dormir para digerir mejor la frustración, pero supongo que el malhumor y la decepción se corporizaron en un dolor de cabeza monumental.

La noche era agradable y el hotel tenía una galería con reposeras, así que decidí recostarme en

una, hasta que se me pasara. En eso estaba cuando Usted se acercó en la oscuridad.

- ¿No puede dormir? - me dijo, casi adivinando la bronca.

- No -dije disimulando- Lo que pasa es que me duele mucho la cabeza.

- A lo mejor si se distrae se le pasa -dijo mirando en derredor. Y luego, señalando el salón, propuso:  
- ¿Qué tal unos tiros al billar?

Usted no tenía porque saber esto. Cuando éramos adolescentes, vivíamos en el barrio de Almagro. Mi hermano y yo solíamos ir a “Los 36 billares”, un café de la calle Boedo donde jugaban los hermanos Navarra y otros grandes. Ahí aprendimos nuestros primeros tiros y nos defendíamos bastante bien.

Tampoco tenía porqué saber que mi viejo, con el que no pude compartir esa etapa de mi vida, jugaba muy bien, tenía su propio juego de tacos y alguna vez tuvo una partida con Leopoldo Carrera, que fue campeón mundial, de la que en casa quedaba una foto como testimonio.

- Así que cuando, con esa expresión buena que Usted tenía me invitó a jugar, recuerdo que mi primer pensamiento fue que posiblemente como

billarista, Usted fuera un buen pediatra, que tal vez rompiera el paño de un tacazo o algún vidrio con una bola que saliera volando.

Se que me dejó la salida y yo hice un par de carambolas. Usted se acomodó y salió con una serie de 5, como calentando el brazo. Lo demás mejor no contarle, porque fue una paliza. Creo que me sacó una raya completa. Al terminar me recordó que al otro día las sesiones empezaban temprano, así que era mejor descansar un rato.

Caminamos hasta la puerta de mi habitación, me palmeó y me dijo: - Ahora, a lo mejor le sigue doliendo la cabeza - y agregó bromeando- pero me parece que va a ser por otra cosa.

Entré al cuarto, me acosté y me dormí enseguida, atesorando en el sueño el recuerdo de la partida de billar más linda que perdí en mi vida.



# 5

## Bandejas caídas

**E**n el Niños no hacía falta mirar el almanaque para saber a qué altura del mes estábamos. Si la mayoría de los residentes nos encontrábamos al mediodía en “El Gallo Rojo”, clavado que era del 1 al 10.

Si en cambio hacíamos ronda en lo de Segovia para que nos fiara algún sandwich, andábamos entre el 10 y el 20.

Y si, finalmente, rendidos, hacíamos la cola del comedor con la bandeja en ristre resignados a la olla hospitalaria, no hacía falta ser un experto para darse cuenta que era fin de mes.

Nunca supe porque la comida del hospital era tan mala. No faltaba la mente extraviada que la atribuía a un maléfico plan destinado a eliminar residentes a medida que llegaban al último año,



con un doble propósito: por un lado, disminuir la cantidad de tipos molestos que intentarían modificar el statu quo de la medicina y por otro simplificar la elección de jefes de residentes limitándola a los sobrevivientes.

En una oportunidad, el comedor fue testigo de un hecho casi psiquiátrico. Habían servido unos bifés que parecían recién traídos de la curtiembre y de pronto, en el medio del bullicio del ambiente vimos un residente que, parado en su silla, le hablaba al plato. Era el Negro Gramigna, a la sazón residente de tercer año y que hoy es un reconocido pediatra de Necochea.

- ¡Vos no sabes que triste que es eso!- decía el Negro, mirando el churrasco.- Tengo en la sala un chico desnutrido, que vive en una villa con siete hermanitos más. -seguía, casi a los gritos.- ¡ Y lo peor es que me parece que la madre es tuberculosa!! -remató casi llorando.

Un compañero piadoso lo bajó de la silla e intentó tranquilizarlo, pensando que los años de mala alimentación habían empezado a hacer estragos.

- Tranquilizate, viejo. ¿No ves que le estás hablando al bife?

- Es a propósito -dijo el Negro con un guiño cómplice - A ver si contándole algo triste, este desgraciado se ablanda y me lo puedo comer.

Un día, la cosa se puso un poco más seria. Alguien encontró una cucaracha en la lechuga. La protesta fue subiendo de tono y empezaron los reclamos cada vez más fuertes. Uno propuso apilar las bandejas de comida en la puerta de la Dirección y allá fuimos todos en tropel.

El ruido le debe haber llegado, porque la Dirección estaba al lado de la capilla y de la escalera por la que se subía a su consultorio, en Metabolismo.

Usted bajó despacio, pasó entre nosotros sin hacer comentarios y enfiló hacia el comedor. Tomó su bandeja con el pedazo de carne y la ensalada y se sentó a comer, solo.

No se quien fue el primero que se avergonzó y levantó su bandeja. Se que, uno a uno, fuimos volviendo al comedor, esperando que Usted dijera algo al respecto.

Esa tarde, Usted habló de las dificultades que tenía el hospital, de algunas cosas que andaban

mal adentro, como la comida y otras que andaban mal afuera, como la situación social.

Y también como, a veces, las cosas pequeñas podrían hacernos perder de vista nuestro objetivo principal. Esto no significaba aceptar una cucaracha en la lechuga sino, simplemente, estar atentos para no confundir los caminos.



# 6

## El pibe que no hablaba

**H**abía llegado de Corrientes y tendría 8 o 9 años cuando se internó. No sabíamos mucho de él, salvo que lo había traído al Hospital una tía, a la que se lo habían mandado porque era tan flaquito y, según ella relataba, no hablaba nada.

A la semana de estar en la sala, sin tener demasiado claro de que se trataba y antes de declararlo como un caso psiquiátrico, el residente de tercero decidió que era oportuno presentarlo en el pase de los miércoles. La anamnesis básica (porqué la llamábamos básica ?) era casi obvia. Familia numerosa con incontables hermanos, una mamá semianalfabeta y un padre del que hacía muchos años no se sabía nada. Vivían en el campo y el chico alguna vez había ido al colegio, pero no se sabía exactamente cuando. Recabar antecedentes de salud era una tarea inútil. La

pobre mujer que lo acompañaba había hecho suficiente con traerlo al Hospital, como para pretender que esclareciera algo al respecto. El exámen físico era un tratado semiológico sobre los estragos que la mala alimentación y el abandono pueden hacer sobre una criatura y los exámenes complementarios mostraban la parasitosis correspondiente y la anemia previsible. Ese miércoles llovía fuerte. La tarde invitaba a la charla, así que cuando terminamos de presentarle el paciente, no nos detuvimos en los diagnósticos más obvios e hicimos hincapié en el hecho de que el chico no pronunciara palabra alguna, quizás con la expectativa de escuchar alguna clase magistral sobre autismo.

-A veces las palabras no se corresponden con el mundo- dijo Usted. -Cuando las cosas están enteras nuestras palabras pueden nombrarlas. Pero si las cosas se han partido, se han hecho pedazos... ¿pueden las palabras seguir siendo las mismas ?

Alguno más ilustrado aventuró que hablaba de literatura y era lindo escucharlo a Usted cuando arrancaba por ese lado.

--Pensemos en una palabra que nos indique una cosa : “pelota”, por ejemplo. Cuando digo pelota, ustedes ven el objeto en su mente, redonda,

picando, entrando en el arco mientras gritan el gol. Y la ven así porque no es solo una cosa, sino que la cosa cumple una función.

Pero si la pelota está pinchada y ya no pica : ¿sigue siendo la misma cosa o se ha convertido en otra ? ¿es posible seguir llamándola pelota ? A lo sumo, diremos que es una pelota rota. Pero si no cumple su función, la pelota ha dejado de ser una pelota. Sin embargo, la palabra sigue siendo la misma, aunque ya no expresa la cosa. Ahora bien: si ni siquiera podemos nombrar un objeto corriente que tenemos entre las manos, cuanto más difícil será hablar de las cosas que nos conciernen como seres humanos, no?

Seguramente este chiquito ha atravesado por tanto dolor, está tan roto, que ni siquiera puede nombrarse a sí mismo. Ese, tal vez, sea el desafío fascinante que nos plantea. De alguna manera, ayudar a juntar sus pedazos y restaurar su humanidad, porque ayudarlo a él es ayudarnos a nosotros mismos.

Se hizo un silencio largo. Afuera, la lluvia había amainado. Empezamos a salir despacio y Usted pidió pasar a ver al chico. Todavía hoy lo veo, ligeramente encorvado, el guardapolvo abierto y ese caminar como arrastrando los pies.

El chico estaba en la misma posición que conocíamos, ligeramente levantado sobre la almohada, la carita sufrida y la mirada perdida en algún punto del techo.

Usted se sentó en la silla, estiró los pies cuanto le fue posible, como para quedar paralelo a su cuerpito y, reclinando la cabeza hacia atrás, fijó la mirada en la misma dirección, casi compartiendo ese horizonte imaginario. Pasaron segundos o minutos, sin que empezáramos a comprender que sucedía.

-Es fea la comida del hospital- dijo Usted, de pronto.

-A mi no me gusta- dijo el chico, con esa voz que no habíamos conocido hasta entonces.

-A mi tampoco, por eso a veces, como caramelos. ¿Querés uno?

Vimos la manito abrirse y llevar el caramelo a la boca. Luego la dejó caer sobre la sábana, cerca de la suya que, muy lentamente la fue cubriendo con ternura. Ninguno de los dos se movió hasta terminar el caramelo. Luego Usted se incorporó suavemente, le besó la frente y murmuró:

-Mañana traigo más.

Cuando salimos, el cielo se había abierto y algunos rayos de ese incierto sol de otoño jugaban entre los árboles del patio.







# 7

## Félix

**S**imone de Beauvoir escribió alguna vez: “Toda muerte es una violencia indebida”. Seguramente, digo yo, lo escribió pensando en la muerte de un chico.

Conocí a Félix cuando él tenía 10 años y la leucemia lo estaba doblegando. Todos los residentes de la Sala Primera teníamos por él un sentimiento especial. No era sólo el diagnóstico, sino algo que se había establecido desde que se internó. Tanto que, sin ningún acuerdo tácito, cada uno de nosotros le fue trayendo algún regalo cada día. Felix aceptaba con la misma sonrisa buena con la que contestaba nuestras preguntas, como si se esforzara por consolarnos frente a lo que se preveía irreparable. Pero a medida que intuíamos el final, se nos hacía más difícil acercarnos a él, de manera que comenzábamos a rehuir el contacto. Habíamos perdido la esperanza.

Esa fue la primera vez que lo consultamos a Ud. acerca de Félix y la primera vez que lo escuché hablar de los pediatras, los niños y la muerte. Usted nos habló del duelo y de las etapas de su elaboración, ese camino por el que debían transitar los padres de Félix con nuestra ayuda, aunque en el fondo Usted sabía que alguno de nosotros también necesitaba hacerlo, tal era la intensidad de la transferencia con él.

Aún hoy recuerdo la anécdota que Usted contaba sobre aquella viejita afectada de un cáncer terminal que llamó a su médico y le pidió una última ayuda para asistir al casamiento de su hijo mayor. El médico, conmovido ante la solicitud, aceptó transfundirla y prepararla para que pudiera presenciar la ceremonia. La acompañó, y terminada la misma, volvieron juntos al hospital.

Al dejarla en la cama nuevamente, ella le tomó la mano conmovida y dijo simplemente:

-Gracias, doctor. Y por favor no se olvide de que dentro de dos meses se casa mi hija más chica.

Esa esperanza, constitutiva de la humanidad de cada paciente, era la que debíamos rescatar para continuar junto a Félix. Así lo hicimos, cada uno a

su medida, sin engañarlo, pero al mismo tiempo compartiendo cada día del resto de su existencia, sosteniendo el vínculo amoroso que él había gestado entre nosotros. Félix murió una madrugada por una hemorragia pulmonar.

Al revisar sus cosas, los padres nos entregaron una carta de despedida que él había escrito, donde, a manera de testamento, repartía entre los médicos de la sala sus pertenencias. Entre lágrimas, recibimos la camiseta de fútbol, los audífonos, las revistas, una foto y el abrazo de esa gente, agradecida por lo que habíamos hecho por su hijo.

Ellos tal vez no llegaron a sospechar nunca cuanto había hecho Félix por nosotros, cuánto de su historia nos acompañaría para siempre. Como también nos han acompañado sus palabras, aquellas que escuché por primera vez hace más de 20 años siendo un residente que atendía su primer enfermo terminal y que hablaban del Pediatra, el Niño y la Muerte.





# 8

## El otro fullback

**L**a mala memoria ha hecho que yo no haya retenido el nombre. Sé que el protagonista de lo que le voy a contar es un médico cirujano, al que desde ya le pido disculpas por este olvido y al mismo tiempo le doy las gracias por este recuerdo suyo.

Se cumplía un mes del día en que Usted se fue y mucha gente amiga se reunió a escuchar misa en la iglesia de Juncal y Coronel Diaz, cerca de su casa.

A la entrada me encontré con unas cuantas caras conocidas, reunidas al conjuro de su nombre y opté por quedarme en los últimos bancos. Hace un tiempo que ando medio flojo con las emociones y lagrimeo con facilidad. Algunos lo están atribuyendo a la edad o a la chochera, pero estoy seguro que Usted le hubiera dado una interpretación distinta.

Al terminar la celebración, cuando salíamos con Teodoro Puga y Julio Rocca Rivarola, el hombre se acercó.

- Disculpen - dijo- ¿Ustedes son pediatras, no?.

- Si - contestamos casi al unísono.

- Yo soy cirujano - dijo entonces. - Pero con él nos conocíamos desde hace muchos años. Yo soy el Doctor (y aquí dijo el nombre que no puedo recordar), pero me dicen Gallego.- y cuando dijo esto había algo conmovedor en la voz del hombre.

- Éramos el Tano y el Gallego - siguió casi en un susurro y después de una pausa, agregó:

- Yo era el otro fullback- y suspiró.

Alguna vez escuché hablar de Usted y del fútbol. Se dice que era impasable, uno de los mejores defensores que tuvo el equipo del Niños. Me pregunto qué otro podía llevar mejor puesta la camiseta

La voz del Gallego continuó: - ¿Sabe que me parece mentira esto? Porque yo todavía creo escuchar la voz que me grita: ¡Deme, Gallego! o me escucho diciendo: ¡Deme, Tano!, porque así nos pedíamos la pelota cuando nos apuraba algún contrario.

Después cambiamos algunas palabras formales y el hombre se fue caminando despacio. Lo vi alejarse y me prometí traerle a Usted su recuerdo, porque siempre es lindo tener amigos así, que lo lleven a uno de esa manera en la memoria. Y si algún día podemos armar un “picado” en el cielo, ojalá que puedan volver a jugar juntos, porque tenía el tranco de buen jugador, casi tanto como Usted.







# 9

## Epílogo

**L**a noche en que lo despedimos a Usted físicamente volví a casa con una congoja infinita. No podía conciliar el sueño y, sentado en el escritorio, comencé a llorar.

Supe entonces algo inesperado : Había perdido un padre psicológico. Lentamente, como si estuviéramos todavía frente a frente, escribí unos versos para Usted.

Esas palabras se hicieron públicas y, como una muestra más de las cosas mágicas que mi corazón le atribuye, gente entrañable, compañeros de residencia de los que no había vuelto a saber, me llamaron para compartir ese sentimiento. Al conjuro de su presencia recuperé nombres y voces queridas, unidos nuevamente por Usted, como cuando nos apretujábamos para escucharlo en el hospital.

Entonces supe también que no lo habíamos perdido, que aunque no tengamos ya ese número de teléfono al que acudíamos buscando amparo y consejo, el hilo amoroso de su recuerdo nos había unido para siempre.

Por eso, aquellos versos cierran este libro. Porque como su recuerdo, nos pertenecen a todos.

## **HASTA SIEMPRE**

La muerte, ese silencio irrevocable  
y su hermano menor, que es el olvido.  
habrán de pretender un imposible:  
el hacernos creer que Usted se ha ido.

Pero todos sabemos que no es cierto.  
Es otra la verdad que nos ocultan :  
se dice que hay un Ángel muy enfermo  
y Dios necesitó una interconsulta.

No es de extrañar entonces que lo llame  
y hasta tanto volvamos a encontrarnos.  
permítame que juegue con el tiempo  
porque, después de todo, eso no es malo.

Juguemos a que estamos en el Niños

y vamos a hacer magia con palabras.  
Nosotros le entregamos laberintos  
para que Usted nos diga : ¡Abracadabra!

Aprender a mirar en lo invisible,  
intentar el oficio desde el alma,  
comprender el valor de dar consuelo  
por el dolor que cabe en cada lágrima,

entender que en los libros no se enseña  
el tamaño que tiene la esperanza,  
el amor, los ensueños o el origen  
de los duendes que habitan en la infancia.

Esto y muchas más cosas nos decía  
los miércoles de tarde. ¿Se acordaba ?  
¡Como soñamos todos parecemos  
aunque fuera un poquito, casi nada !

Por eso, aunque nos digan que se ha ido,  
volveremos a verlo, a la distancia,  
en un aula del cielo, como siempre.  
Hasta entonces, maestro...  
y muchas gracias.



Entre 1971 y 1974, Daniel Gril compartió su formación de médico pediatra neonatólogo entre el Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez y el Hospital Materno Infantil Ramón Sardá. Años de crecimiento y compromiso, donde los jóvenes de entonces, en el espacio de libertad y respeto que compartían con sus maestros, se atrevían a proyectar sueños para un mundo solidario.

Si a cada hombre le es dado un destino, al Dr. Gril parece estar dado el don de desmentir la ausencia desde el rescate del sentimiento y la mirada esclarecida con que Carlos Gianantonio indicaba el camino a los jóvenes médicos.

"Fuimos una generación peleadora", recuerda Gril, "la camada fundadora de la Federación Argentina de Residentes. En ese tiempo irrepetible, Gianantonio contribuyó a fortalecer ese pensamiento comprometido sin coerción ni censura.

¿A quién acabo de conocer?

Podemos conocer a Daniel Gril desde esta pregunta con la que recibe a los recién nacidos desde hace treinta años. En esa mirada siempre renacida que recogió de su maestro y que multiplica, como docente, para sus alumnos porque "uno no sospecha hasta dónde está atravesado por esos instantes hasta que empieza a añorar".

Pediatra de vocación temprana, entrenador deportivo gracias a sus hijos Juan, Emilio y Fernando que, entre otros caminos, compartieron la literatura, la guitarra, el canto, el rugby, el fútbol y sobre todo, las emociones profundas.

"Me ha sido deparada la suerte de ser un privilegiado, al que le ha tocado protagonizar una historia fantástica. Mis hijos, mi familia, la fiesta de cada nacimiento al que los padres nos convocan."

En la sencillez del contacto con el otro, aun en el dolor, atravesando la frontera del miedo, es posible ese encuentro que Gianantonio mostraba cada día como mágico.

Conocer, reconocer, ponerse en el lugar del otro. Muchos pediatras guardan en el alma la impronta única de haberse formado con Carlos Gianantonio.

Daniel Gril reitera la humildad y la generosidad de quienes reconoce como sus maestros al ofrecer este mensaje, testimonios de un saber que guarda la profundidad de la vivencia y que logra desplegar en una dimensión armónica con aquella mirada clara y abarcadora que Gianantonio mostraba con sabiduría.